

## LA AUTORIDAD EN LA BIBLIA

Prof. Dr. Bruna Costacurta

*Bruna Costacurta, nació en Roma en 1946, después de estudiar Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana, recibió su doctorado en Ciencias Bíblicas en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. Es profesora ordinaria de Exégesis del Antiguo Testamento y Directora del Departamento de Teología Bíblica de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Gregoriana; Además de la enseñanza, realiza una actividad de difusión y profundización de las Sagradas Escrituras en Italia y en el extranjero. Es miembro del Consejo de Presidencia de la Asociación Bíblica Italiana, y forma parte del Grupo Nacional de Expertos del Sector Apostolado Bíblico de la CEL.*

### Original en italiano

*"No ha de ser así entre vosotros": estas palabras del Evangelio han sido apropiadamente elegidas como tema principal de esta Asamblea, que quiere reflexionar sobre el "servicio de la autoridad." Estas son las palabras pronunciadas por Jesús después de la petición hecha por la madre de los hijos de Zebedeo de que se sienten uno a su derecha y el otro a su izquierda. Dirigiéndose a los otros apóstoles, que estaban escandalizados por la petición, Jesús dice:*

*«Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.» (Mt. 20,25-28).*

El ejercicio del poder, en lugar de ayudar al crecimiento y contribuir al bien común, a menudo se convierte en acoso, en exhibición de superioridad y en deseo de dominar y de oprimir que tiende a hacer del otro un esclavo, a humillarlo, disminuirlo, violentarlo. Sin embargo, entre los discípulos de Jesús no puede ser así; y en las comunidades que caminan tras las huellas de Jesús no hay lugar para el poder, sino mas bien para ese ejercicio de la autoridad que se hace servicio amoroso, disposición total, que llega hasta a dar la vida por aquellos que Dios confía al que debe ser ejemplo y guía sobre el arduo camino de la santidad.

La Sagrada Escritura nos ofrece muchas figuras de autoridad a las que referirse al reflexionar sobre este tema. Me limitaré a expresar mi informe en dos partes, describiendo brevemente, en primer lugar, como se delinea en el Deuteronomio la figura ideal del rey, la máxima autoridad en la antigua Israel, y haciendo luego una pausa más larga en un personaje paradigmático, la reina Esther, que lleva a cumplimiento su reinado decidiendo dar su vida por los suyos. Así que primero vamos a reflexionar sobre el texto de la Ley, la Torah, que nos indica un camino de sabiduría, y después sobre una historia particularmente rica en elementos que se relacionan con nuestro tema, una historia que muestra cómo se puede vivir de acuerdo a la trayectoria indicada por la sabiduría de la Torah.

### *1. El rey ideal: una autoridad sin poder*

En Deuteronomio 17,14-20 la Ley esboza la figura del rey ideal deseado por Israel y dado por el Señor, un rey que no debe, con su poder, reemplazar la realeza de Dios, sino más bien ser mediación de la presencia de lo divino en medio de su pueblo. El texto dice:

“Cuando entres en el país que el Señor, tu Dios, te dará, cuando lo tomes en posesión y vivas en él, si alguna vez dices: "Voy a poner un rey para que me gobierne, como todas las naciones que están a mi alrededor", pondrás un rey elegido por el Señor, tu Dios, que pertenezca a tu mismo pueblo. No podrás someterte a la autoridad de un extranjero, de alguien que no pertenezca a tu pueblo. El rey no deberá tener muchos caballos ni hacer que el pueblo regrese a Egipto, con el pretexto de aumentar su caballería; porque el Señor, tu Dios, ha dicho: "No regresen nunca más por ese camino". Tampoco tendrá muchas mujeres, para que su corazón no se desvíe, ni acumulará oro y plata en cantidad excesiva. Cuando tome posesión del trono real, hará escribir en un libro, para su uso personal, una copia de esta Ley, conforme al texto que conservan los sacerdotes levitas. La tendrá a su lado y la leerá todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor, su Dios, observando todas las palabras de esta Ley y poniendo en práctica estos preceptos. De esa manera, no se sentirá superior a sus hermanos, y no se apartará de estos mandamientos, ni a la derecha ni a la izquierda. Así prolongarán los días de su reinado él y sus hijos, en medio de Israel.”

Elegido por Dios, en una especial relación de dependencia con Él, el rey debe vivir en la fe de acuerdo con los criterios del Señor, con la conciencia de ser objeto de una predilección especial, de una elección que no es el resultado de sus propias habilidades y de su propia iniciativa sino del don gratuito de la misericordia de Dios.

Su corazón entonces, como dice el texto, no debe exaltarse (Cf. versículo 20) y su gestión de la autoridad no debe estar marcada por el poder como el rey de las "naciones que están alrededor" (v. 14): hermano, parte del pueblo y solidario con él, debe ejercer su función como servicio hacia aquellos que son sus hermanos, renunciando a un uso y una exhibición de las formas habituales de poder. Por eso, debe tener pocos caballos, que se utilizaban para la guerra y que simbolizan aquí el poder militar; pocas esposas, que a menudo servían como un medio de alianzas con otros pueblos y, por tanto, como instrumentos de poder político, y como representantes del peligro de la absorción, por parte de Israel, de la ideología y las religiones paganas; y finalmente poco oro y plata, lo que significa moderación también en el poder económico.

Los rasgos típicos de poder son así desafiados para indicar el verdadero camino que se debe realizar para ejercer adecuadamente la autoridad: leer cada día la Ley, la Palabra de Dios, y conformarse a ella, en una actitud de dependencia y obediencia que hace del rey un siervo del Señor y, por lo tanto, capaz de servir a las personas a su cargo. La autoridad podrá exigir obediencia sólo si vive ella misma en obediencia.

La figura típica de este rey "según el corazón de Dios" (1 Samuel 13,14) es David, el hijo menor de Jesé, el pequeño elegido por el Señor de entre todos sus hermanos, que de ser pastor de las ovejas de su padre, pasa a convertirse en el "Pastor de Israel" (cf. 2 Sam 5,1 a 2, Sal. 78,70 a 72). David es el rey pastor que, en contraste con la figura del rey guerrero, Saúl,

se enfrenta al gigante Goliat negándose a usar las armas de gran alcance que Saúl le ofreció, usando en cambio una honda y algunas piedras tomadas de un arroyo, las armas débiles del pastor, que va al encuentro de un enemigo formidable con la tranquila confianza que viene de la fe en el Señor (ver 1 Samuel 17).

En el episodio del duelo con el filisteo, se comparan dos formas diferentes de realeza: pero la monarquía fuerte y marcada por el abuso de Saúl debe dar paso a la del rey pastor que está dispuesto a sacrificar su vida por su pueblo, que no confía en la fuerza de las armas, sino en la presencia salvífica de Dios. Porque ésta es la verdadera realeza, y por lo tanto el verdadero ejercicio de la autoridad que es el servicio y el don que da vida a los hermanos.

Esto nos abre a nuestro segundo punto, la figura de Ester, la reina débil e impotente que manifiesta toda su fuerza real cuando decide arriesgar su vida por la salvación de su pueblo.

## *2. La Reina Ester y la fuerza de la debilidad*

El libro de Ester, escrito en hebreo, pero con muchas adiciones en griego, es la historia de naturaleza legendaria, en el marco de la fiesta de Purim, que explica su origen. Centrado en la experiencia de la liberación que Dios realiza al salvar a su pueblo de un peligro mortal, tiene como protagonista a una joven judía, Ester, que tiene algunas características en común con la gran figura de Moisés, quien fue también mediador de salvación para Israel. Es una historia que enseña cómo vivir la autoridad; y esto, ya sea mostrando el impacto negativo de la desviación del poder artífice de muerte, ya sea mostrando el uso positivo del "derecho" que promueve y ayuda la vida.

Por ello quisiera ahora recorrer la historia de este libro, destacando algunos de los aspectos más significativos y ofreciendo algunas interpretaciones. Tomaremos como punto de referencia el texto griego y judío.

El texto hebreo comienza con la descripción de un gran banquete dado por el rey Asuero a todos sus príncipes y ministros. El poder y la riqueza del rey persa se manifiestan en esta fiesta con toda su opulencia: es un momento de autocomplacencia, propio de la realeza, que dura 180 días, seguidos de otros 7 días para todo el pueblo. Mientras tanto, la reina Vastí, su esposa, ofrece también un banquete para las mujeres. Pero cuando Asuero, queriendo mostrar a sus invitados la belleza de su esposa, la envía a buscar para exhibirla, ella se niega. La ira del rey es grande y, en consulta con sus asesores, decide destituirla: Vastí no vino, desobedeciendo sus órdenes, pues bien, nunca más lo hará. Otra se convertirá en reina.

Así comienza la búsqueda de una nueva esposa para el rey Asuero. Aparece en la escena Mardoqueo, que tenía una pariente llamada Ester a la que él crió como su hija adoptiva porque era huérfana. Dotada de una gran belleza, Ester es elegida junto a otras jóvenes que serán presentadas ante el rey. Y Asuero se enamora de ella: ahora Ester es la nueva reina y un gran banquete de siete días se realizará en su honor.

Ester llega a la corte en una actitud de sumisión, soportando duras preparaciones de ungüentos y perfumes, que duraron 12 meses antes de ser presentada al rey, obedeciendo a todo lo que se le solicita. Pero, en realidad, aún con tanta docilidad, será ella la que va a cambiar el destino de su pueblo.

Es interesante ver los diferentes tipos de Ester, la sumisa, y de Vastí, la rebelde. Vastí realiza un gesto revolucionario que pone en tela de juicio el poder y, negándose a dejarse exhibir, ella despierta nuestra simpatía; pero no podemos leer este acto, a partir de nuestras categorías modernas o feministas. Lo que hace Vastí se presenta en el texto negativamente, como subversión contra las disposiciones de la ley, aunque creo que podemos ver una cierta ironía en la historia: es una mujer que pone en crisis un imperio gigantesco y poderoso como el Imperio Persa. Algo similar se puede encontrar en las parteras de la historia del Éxodo en Egipto que no obedecen la orden del Faraón, y lo ponen en dificultades dándole explicaciones contundentes: no pueden matar a los niños al nacer, porque cuando ellas llegan, los niños ya han nacido debido a que las mujeres judías están llenas de vitalidad, y dan a luz más rápido que las egipcias; y el poderoso Faraón, que no sabe nada de partos y de nacimientos, tiene que confiar y que cancelar esa orden y reemplazarla con otra (cf. Ex 1,15-22).

Vastí, sin embargo, realiza un cambio importante al permitir, por su desobediencia, la inclusión del personaje de Ester; algo similar sucede entonces con Mardoqueo, cuya negativa a inclinarse ante Amán, el más alto dignatario de la Corte, lleva la historia al peligro del exterminio. Pero Mardoqueo se niega por obediencia a Dios; mientras que Vastí lo hace por reivindicación personal.

Esto abre la positividad de Ester que nunca tiene actitudes de reivindicaciones personales, sino que se deja guiar por la responsabilidad hacia su pueblo, lo que será fuente de salvación. Ester se deja aparentemente incorporar al sistema, pero en realidad lo romperá dramáticamente. Porque la verdadera subversión es la obediencia al plan de Dios y llevar el amor a sus consecuencias extremas. Y es obedeciendo que Ester se "preparó" a su papel de reina, y custodia dicho honor en silencio.

La historia de la entrada de Ester al tribunal, insiste en el hecho de que ella calló sus orígenes judíos (ver 2,10.20); esto prepara la continuación de la historia. El lector, de hecho, sabe lo que el rey y Amán no saben; el mal no tiene conocimiento de la verdad, y ésta, revelándose, lo vence. Pero el silencio de Ester tiene también otro valor narrativo: en una situación de aparente cosificación del cuerpo, en la que la protagonista se deja dócilmente unguir y perfumar durante todo un año, Ester pone a salvo su identidad y, ocultándola al forastero, de alguna manera logra no entregarse totalmente en sus manos. Ella sigue siendo hebrea, fiel a su propia historia y a la pertenencia a su pueblo, y será precisamente por amor de su pueblo que, cuando será necesario, estará lista incluso a sacrificarse.

Después de una breve introducción del episodio del complot contra el rey frustrado por Mardoqueo (cf. 2,21 a 23), se describe a Amán y su sed desmedida de poder: todos tenían que arrodillarse e inclinarse ante él, pero Mardoqueo se niega, no por orgullo, como él mismo lo afirma en su oración al Señor, sino por "no poner la gloria de un hombre por encima de la gloria de Dios" (cf. 4,17 d-e).

Amán enterándose de que Mardoqueo era hebreo, decide vengarse contra todo el pueblo (cf. 3:5-6). Es la dinámica perversa del poder y de la desproporción absoluta entre la presunta ofensa y la reacción que provoca: se decide destruir a todo un pueblo, porque uno de sus hombres no se quiso arrodillar.

Es el misterio de un pueblo que no sólo es una unidad étnica, sino que tiene una identidad profunda y una cohesión interna que se basa en la elección de Dios, y en el que la pertenencia y la solidaridad entre sus miembros son vividas en el mayor grado posible. Pero

es también el misterio de la dinámica del mal y de la salvación. Me vienen a la memoria las palabras de Pablo a los Romanos: "Si por el delito de uno sólo murieron todos ¡cuánto más la gracia de Dios y el don otorgado por la gracia de un sólo hombre, Jesucristo, se han desbordado sobre todos!" (Rom 5,12); pero en el libro de Ester, la ruina no es por un pecado, sino por un gesto de lealtad a Dios, la misma fidelidad que luego salvará a los que habían sido condenados a muerte. Nos hallamos al interior del problema del sufrimiento del justo: Mardoqueo, por un acto de justicia, tiene que sufrir persecución y con él todos los de su pueblo.

Por lo tanto, debido a las querellas de Amán y sus falsas acusaciones ante el rey, se emite el decreto de exterminio y la fecha se decide tirándola a suerte (Purim: Cf. 3,7); y el rey Asuero confía al propio Amán la ejecución de la masacre. Los cargos destacan la diversidad de Israel, percibida como una amenaza: Israel es una nación cuyas leyes son diferentes de las de los demás, y no guarda los edictos del rey. La ley de Dios da diferentes referencias, criterios que parecen subversivos; la escala de valores cambia, y esto socava la vida normal: "Hay un pueblo disperso entre las naciones en todo tu reino, cuyas leyes son diferentes de las de todas las otras naciones, y desobedecen a las leyes del rey, y no es conveniente que el rey lo permita," dice Amán a su soberano (3,8) y esto se reafirma con fuerza en el edicto de exterminio (véase 3.13 d-g). La fidelidad a Dios hace que uno se vuelva diferente, extranjero y, como en este caso, alguien que se debe eliminar.

La reacción de Mardoqueo y de los suyos es inmediata y adecuada a la situación dramática: vestidos rasgados, cilicios y cenizas, ayuno, y llantos. Son los gestos de dolor del duelo, en los que la muerte es anticipada en la vida, por los que se expresa la angustia y se suplica a Dios que libere de tanta tragedia. Israel parece condenado a desaparecer definitivamente, condenado a la perdición, y esto a causa de su fidelidad a Dios. La pertenencia a Dios y su bendición se vuelven frecuentemente causa de persecución y de muerte en las Escrituras; es lo mismo que ocurrió en Egipto en la época del Éxodo: el pueblo se ha vuelto numeroso, de acuerdo con la promesa hecha a Abraham, la bendición del Señor se hace visible, pero los otros lo perciben como peligroso, y esto provoca persecución y voluntad de aniquilación.

La noticia de la desgracia que ha caído sobre Israel llega a oídos de Ester, a quien Mardoqueo envía una petición desesperada de ayuda, pidiéndole que fuera a ver al rey para interceder por su pueblo: "Recuerda los días en que eras pobre, en que eran mis manos las que te nutrían, ahora que Amán, que es el segundo después del rey, habló en contra de nosotros para aniquilarnos. Invoca al Señor y habla con el rey en favor nuestro, para que nos libere de la muerte." (4,8).

Ester plantea una dificultad que parece insuperable: nadie puede entrar en lo del rey si no ha sido llamado, o de lo contrario arriesga su vida. Pero la respuesta a Mardoqueo pone a su hija adoptiva frente a la verdad: "No pienses en salvarte solo tú de entre todos los judíos, por el hecho de estar en el palacio. Porque si callas en este momento, la ayuda y la liberación llegará a los judíos de otra parte, pero tu perecerás junto con la casa de tu padre. ¿Quién sabe no hayas sido elevada a la condición de reina sólo para una ocasión como ésta?" (4,13-14). Estas son palabras de sufrimiento, al parecer duras, pero que en realidad expresan amor. Porque el amor no se manifiesta en el deseo de protección, que fomenta una actitud egoísta o cobarde y derrotista; el amor, incluso hacia aquellos que tienen responsabilidades de liderazgo hacia los demás, debe ayudar a amar, aún a riesgo de sus vidas, si es necesario.

El camino de la salvación pasa por la solidaridad, y Ester abraza las palabras de Mardoqueo y acepta perecer. No piensa en el peligro, no trata de salvarse: la salvación de su pueblo es ahora su prioridad: "voy a entrar en lo del rey, a pesar de que está en contra de la ley, y si debo perecer, pereceré" (4,16).

Lo que está sucediendo en la vida de Ester es la aceptación consciente de su historia y de su identidad, como descubrimiento de su vocación. La pertenencia de Ester al pueblo hebraico marca su destino: la asunción de la realidad del propio cuerpo, de la propia concreción, de la propia historia, son una parte integral de la historia de salvación. Y ahora que ha llegado el momento de peligro para Israel, Ester se apropia de su pasado y, como verdadera reina (no de los persas, sino de Israel), acepta la muerte con valentía para que su pueblo pueda seguir viviendo.

Ester se convierte en adulta, y expresa su madurez volviéndose responsable por los otros y alcanza la plena dimensión personal en esta asunción es que obediencia y reconciliación con su propia verdad. Su ser judía y su ser reina de Persia llegan así al cumplimiento en el don de la vida, en una autoridad que es servicio y mediación de salvación.

También para Moisés, la autoridad guía de Israel en su momento fundacional, fue así: también él estaba dividido entre dos pueblos, hijo de una madre judía y criado por una madre egipcia, también él guardaba en secreto una identidad sufrida, en situación de exterminio. Ambos han sido llamados al tribunal de extranjeros, y han sido absorbidos por los extranjeros en posiciones de poder. Y en esos mismos tribunales, ambos han sido llamados a reconocer su origen. Ambos enfrentan la violencia (Ester sabe sobre el exterminio que Amán desea y Moisés presencia el abuso causado a un judío por un egipcio), pero Moisés reacciona con violencia y mata al egipcio; Ester, en cambio, acepta morir ella misma. Ambos tienen miedo (Moisés huye, Ester se desmaya ante el rey), y frente a la prospectiva de enfrentar al peligroso soberano, Moisés, como Ester, hace objeción pero luego acepta ir, asumiendo la exposición a la muerte como parte del camino de obediencia a Dios. Ambos tienen una belleza que favorece la vida, Moisés es hermoso, y por eso la madre no lo hace perecer; y Ester es hermosa, y por lo tanto Asuero no la sentencia a muerte. Y, por último, para ambos se desarrolla un misterio de fecundidad-maternidad: Moisés, el pequeño condenado a muerte, acogido por la hija del Faraón, la vuelve madre (ella que no tenía leche para alimentar un bebé), y Ester se vuelve verdaderamente madre de su pueblo (aquí está la auténtica realeza), cuando acepta morir por él.

En el texto griego, antes de que Ester se presente ante el rey, se relatan las oraciones de Mardoqueo y de su hija adoptiva (véase 4,17 a-z): frente a la muerte, nos volvemos al Dios de la vida para ser salvos. No abdica de su propia iniciativa y hace uso de sus propios recursos (Ester sigue siendo la reina, esto la pone en una posición de privilegio que puede ser muy útil), pero siempre con la certeza de que sólo Dios puede venir a ayudar y a realizar la liberación, aunque sea a través de la mediación. Es el difícil equilibrio entre la actividad propia y el abandono al Señor, una prueba continua para todo creyente. Y la oración hace la síntesis: el hombre está en juego y está activo, pero pide a Dios que lleve a cabo su plan de salvación.

En la oración de Ester es fuerte la angustia y bien marcados son los gestos de penitencia y de luto: se quita las insignias reales y toma sobre sí los signos de una muerte inminente. Ester

se prepara a perecer, pero pide ser liberada; la solicitud de ayuda es patética y urgente, haciendo hincapié en el peligro de muerte y la soledad. La reina confiesa su debilidad y su propia impotencia, Dios debe moverse a la piedad e intervenir.

Ella le recuerda al Señor su realidad de Dios fiel que escogió a Israel, y que no puede permitir que se "cierre la boca de los que le alaban." Ester le pide a Dios que salve; está por entrar en la guarida del "león" y repite que está sola, y que sólo Dios puede ayudarla. La soledad acompaña a menudo al servicio de la autoridad, pero los que son llamados saben que el Señor no abandona.

Y también Ester recuerda su propia fidelidad a Dios: no se ha contaminado, sólo ha soportado, detestándola, su condición de reina entre los gentiles. Ella ha permanecido fiel a la elección de Dios y a la diversidad que ella implica. Y ahora pide al Señor que se manifieste como lo que es: el Dios de Abraham, que libera y salva.

En la oración, incluso en la angustia, está presente y firme la conciencia y la confianza de saber que Dios escucha. Ester solo lo tiene a Él, Él no puede abandonarla. Con solo esta fuerza, la de la fe, Ester va al encuentro de su destino.

Cuando nuestra protagonista se presenta ante el rey, se muestra en toda su belleza, pero también en su debilidad. Ester tiene miedo de la reacción del gobernante poderoso y furioso, la emoción y el temor por su propia vida se hacen fuertes, las fuerzas disminuyen y ella se desmaya. Pero Dios, como dice el texto griego, "conmovió con dulzura el alma del rey" que inmediatamente calma su ira, y preocupado por la salud de su esposa, le asegura que no va a morir como consecuencia de su gesto.( cf. 5,1 a-f)

En Ester, quien, aunque acosada por el miedo, está dispuesta a dar su vida por su pueblo, se manifiesta el verdadero sentido de la realeza; la intercesión y el tomar sobre sí el dolor de los demás se muestran los componentes esenciales de la autoridad real. Ester arriesgó su vida porque cargó sobre sí el sufrimiento del pueblo al que pertenece y del cual se siente responsable. El ejercicio del poder es un servicio llevado "hasta el extremo" (cf. Jn 13,1).

Aún en esto, como hemos mencionado antes, la figura de Ester se puede comparar con la de Moisés: también él acepta presentarse ante el faraón corriendo el riesgo de morir, convirtiéndose así en líder y guía de Israel, mediación privilegiada en la relación con Dios. En cuanto a Ester, ella se desmaya de nuevo: (ver 5,2 a-b) es reina, pero se halla aplastada por el peso que debe llevar, y eso se nota en su "disminución". La debilidad no debe dar miedo, y los que tienen autoridad no deben tener miedo de admitirla. Y esta vez Asuero, aún más preocupado frente de su esposa desmayada, promete darle lo que quiera, incluso la mitad de su reino.

Pero la petición de Ester es infinitamente más modesta: ella sólo pide que el rey, junto con Amán, participen en su banquete. Luego, durante el banquete, cuando Asuero reitera su propuesta de darle lo que ella quiera, ella pide aún otro banquete al día siguiente, con el rey y Amán. El lector, en este momento, queda perplejo: ¿qué espera Ester? ¿Por qué no afronta abiertamente el problema? ¿Está retrasando el momento de la demanda real porque tiene miedo de revelarse a sí misma como perteneciente al pueblo de Israel y teme las reacciones de sus dos invitados? ¿O tiene su propio plan, y espera el momento adecuado, en un ejercicio "prudente" de autoridad?

El lector debe esperar pacientemente que la historia responda a sus preguntas, y mientras tanto la narración se centra en Amán que no espera y salta a conclusiones apresuradas interpretado positivamente la petición de Ester: por supuesto, piensa Amán y comenta a su familia y sus amigos, la invitación de la reina dirigida sólo a él y al rey es una señal de gran

respeto y honor; y si ese Mardoqueo sigue sin querer arrodillarse ante él, obtendrá lo que se merece: siguiendo el consejo de su esposa y amigos, hace preparar un poste para ahorcar al rebelde insolente, y luego poder ir "feliz en el banquete del rey" (5,14). El poder lo vuelve a uno malo; Amán quiere el exterminio de todos los hebreos y, además, quiere anticipar la muerte de Mardoqueo, en la horca preparada especialmente para él.

Pero los planes de Dios son diferentes: esa noche Asuero sufre de insomnio y pide que les sean leídas las crónicas del reino. Y en ellas se informa que Mardoqueo había frustrado el complot contra el rey, y decide rendir homenaje al que le había salvado la vida, o sea, al propio Mardoqueo para quien, sin que el rey lo sepa, ya se había preparado un palo en el que morir. El mensaje bíblico es tranquilizador: el bien hecho, tarde o temprano, se convierte en salvación para sí mismo y para los demás.

De hecho, Asuero busca el consejo de Amán, que mientras tanto había llegado a los tribunales, sobre que se debe hacer a un hombre a quien el rey quiere honrar. Amán no sabe (pero el lector sí) que el hombre de quien el rey habla es Mardoqueo, y piensa que es a él a quien el rey desea honrar. Dos veces había sido huésped de honor en el banquete de la reina, por lo que ahora espera más manifestaciones de favor. Así que, en respuesta a Asuero, da voz a su sueño triunfal: con un manto real y una corona en la cabeza, cabalgar el caballo real por las calles de la ciudad mientras se grita frente a él: "Esto sucede con el hombre al que el rey desea honrar"(cf. 6,7 a 10). El poder no sólo vuelve cruel, pero también un poco estúpido: concentrar su deseo de poder y de realización personal en el hecho de ser paseado vestido como un rey es una insensatez desconcertante. La historia se vuelve irónica, e incluso grotesca, y más aún cuando Amán descubre lo que el lector ya sabía: toda aquella exhibición de pompa y de gloria es para Mardoqueo, y no para Amán. Amán había llegado al palacio para pedirle al rey que hiciese colgar a Mardoqueo; pero ahora es él quien debe llevar en triunfo al que habría querido que sea su víctima.

Luego, durante el segundo banquete deseado por Ester, cuando ella denuncia el malvado plan de Amán que quería matar a todos los judíos, llega el fin para el perseguidor (véase 7,1 a 6). El rey se enoja y sale al jardín, y Amán, aterrorizado y consciente de que su caída ya estaba decidida, suplica y ruega por la misericordia de la reina Ester, dejándose caer en el sofá en el que ella estaba sentada. Pero su gesto fue mal entendido; el poder hace incapaz de humillarse a sí mismo, y cuando el poderoso y orgulloso Amán pide la gracia y se postra, su gesto parece un acto de violencia. El rey vuelve a la habitación, lo ve y le grita: "¿También quiere hacer violencia a la reina, delante de mí, en mi casa?" (7,8).

Llega así para Amán la hora de la verdad: la horca que iba a servir para la muerte de Mardoqueo le es, en cambio, destinada. Ahora bien, la trama de la historia va hacia la conclusión esperada: el decreto de exterminio se revoca, el pueblo de Israel es salvado y los atacantes son destruidos. La fiesta de Purim servirá a recordar, de generación en generación, la salvación realizada por el Señor con un juego de máscaras intercambiadas y de papeles invertidos, donde los perseguidores son vencidos y los condenados a muerte pueden celebrar la vida devuelta.

*"Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes; llenó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías",* cantará en el Magnificat la pequeña Virgen de Nazaret (Lc. 1,52-53, cf. también 1Samuel 2,4-8), celebrando aquella inversión de suerte tan típica de las intervenciones divinas de salvación.



Así Ester, reina marcada por una debilidad radical que se transforma, sin embargo, en una fuerza abrumadora en la decisión de dar la vida por su pueblo, se convierte en una figura ejemplar de la autoridad que se ejerce en el pleno servicio. Autoridad que no es el poder de los líderes de las naciones que dominan y oprimen, de acuerdo con las palabras del Evangelio citadas al principio de este informe. La verdadera autoridad se ejerce en el servicio ejercitado en la mansedumbre, la humildad, el amor que conduce al don de sí. La verdadera autoridad es el Señor y Maestro, que se hace servidor y lava los pies de los discípulos, significando así el don de la propia vida (cf. Jn 13:1-17); el verdadero poder es el del "Buen Pastor" que ofrece la vida por el rebaño que le es confiado (cf. Jn 10,11-18).

Este es "el servicio de la autoridad" que se les pide. Porque los grandes de las naciones gobiernan según otra lógica del poder, pero "entre ustedes no debe ser así."